

VUELTA A BERUT,

Y PARTIDA PARA LOS CEDROS DE SALOMON.

10 de Abril, 1833.

Ayer llegamos aquí. Pasamos dos horas en el convento franciscano, junto á la sepultura donde he enterrado todo mi porvenir. El bergantin el *Alceste*, que debe llevar á Francia estas queridas reliquias, no ha llegado aun hoy he fletado otro bergantin para nosotros. ¡Navegarémos de conserva, para la madre, á lo menos, no se hallará en la estancia en que se vaya el cuerpo de su hija! Mientras disponen lo necesario para el transporte de tan gran número de pasajeros al bergantin del capitan Coulonne, irémos á visitar el Kesroan, Trípoli de Siria, Latakié, Antioquía y los cedros del Líbano, en las últimas cumbres de las montañas, detras de Trípoli. He recibido esta mañana las numerosas visitas de todos nuestros amigos de Berut. El gobernador, príncipe maronita; Habib-Bárbara, nuestro vecino de campo, que nos ha

mostrado desde nuestra llegada, y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el cónsul de Cerdeña, y el señor Borda, jóven y amable piemontés, agregado al consulado religioso, por una suerte estraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instruccion, sus gustos, su carácter, harian de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, cónsul de Austria; M. Fannet, cónsul-general, y M. Abbot, cónsul especial de Inglaterra en Siria; un jóven comerciante frances, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan útil como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero frances, M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, cónsul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos países, donde su carácter es venerado por los árabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus colegas.

Todas estas personas nos dejan excelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un destierro

para acabar en él mis cansados dias, en el seno de la soledad y de la naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

11 de Abril, 1833.

Salí esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito;—hacemos noche en Djail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosíblemente por los condes de Trípoli. Se cree que Djail es el antiguo pais de los Giblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construccion del templo de Salomon. El padre de Adonis tenia allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo notable por la elegancia y elevacion de sus diferentes planos de fortificacion.

Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecian algunas barcas árabes: la habitan casi exclusivamente los maronitas. Una muger árabe hermosísima, ricamente ataviada, vino á vi-

sitar á mí muger, y le hicimos algunos regalillos. Al dia siguiente, continuamos costeano la playa y el pié de las montañas del Castravan, bañado todo por el mar; dormimos bajo nuestras tiendas, en un sitio admirable, á la entrada del territorio de Trípoli; el camino se separa de la costa y tuerce bruscamente á la derecha; intérnase en un angosto valle regado por un arroyo á cosa de una legua del mar, el valle se estrecha enteramente, y lo cierra del todo un peñasco de cien pies de elevacion y de quinientos á seiscientos de circunferencia; este peñasco, natural ó tallado fuera de las laderas de la montaña que le toca, sostiene en su cima un castillo gótico perfectamente conservado, habitacion de los chacaes y de las águilas; escaleras labradas en la peña viva se elevan á terrados sucesivos, cubiertos de torres y de muros almenados, hasta la meseta superior, de donde se lanza un torreón con ventanas de arco diagonal; por todas partes se ha apoderado la vegetacion del castillo, de los muros, de las almenas; inmensos sicomoros han echado raiz en las salas y lanzan sus anchas copas por cima de los techos desmoronados; las enredaderas cayendo en enormes ramales, las yedras asidas á las ventanas y á las puertas, los líquenes que por do quiera revelan la piedra, dan á ese hermoso monumento de la edad media la apariencia de un castillo de musgo y de yedra; una hermosa fuente corre al pié del peñasco, sombreada por tres de los mas her-

mosos árboles que pueden verse, y que son unas especies de elmos; la sombra de uno solo cubria nuestras tiendas, nuestros treinta caballos y todos los grupos diseminados de nuestros árabes.

Al día siguiente, subimos una rápida cuesta de un terreno blanco y jabonoso, donde apenas podían tenerse los caballos; desde la cima, se disfrutó una vista sin límites de todo el litoral occidental de la Siria hasta el golfo de Alejandreta y el monte Tauro, y un poco á la derecha, de las llanuras de Alepo y de las colinas de Antioquía, con la corriente del Oronte; tres horas de marcha nos llevaron á las puertas de Trípoli, donde nos esperaban, y á una legua de la ciudad encontramos una cabalgata de jóvenes comerciantes francos, de diferentes naciones, y de algunos oficiales del ejército de Ibrahim que salían á recibirnos. El hijo de M. Lombard, comerciante francés, establecido en Trípoli, nos ofreció la hospitalidad en nombre de su padre; —temimos serle molestos y fuimos al convento de los padres franciscanos; un solo religioso habitaba aquella inmensa casa, y nos recibió en ella.

Pasamos dos días en Trípoli; —comemos en casa de M. Lombard; —satisfacción de hallar una familia francesa donde todo compatriota es recibido como un hijo; —por la noche, pasamos una hora en la casa de los señores Katchiffse, comerciantes griegos y cónsules de Rusia, familia establecida

desde tiempo inmemorial en Trípoli de Siria, donde posee un magnífico palacio. Las señoras Katchisse, madre é hijas, son las tres mugeres mas célebres de Siria por su hermosura y buen trato, mezcla *picante* de la circunspección asiática con el gracioso donaire de las griegas y la perfecta finura de las mas elegantes europeas; nos recibieron en un espacioso salon abovedado, alumbrado por una cúpula y refrescado por una fuente; estaban sentadas en un divan semi-circular que se estendia en el fondo de la sala; todo estaba cubierto de ricas alfombras, y estas cubiertas de narguilés, de pipas, de jarros de flores y de sorbetes; aquellas tres mugeres, vestidas á la manera oriental ofrecían, cada cual en su carácter de belleza, el mas admirable conjunto que puede contemplar un hombre; pasamos una noche deliciosa con su conversacion, y nos propusimos volverlas á ver á nuestro regreso.

El jeque de Eden, último pueblo habitado en la cima del Líbano, era tío, por su madre, de M. Mazoyer, mi intérprete. Prevenido por su sobrino de nuestra llegada á Trípoli, el venerable jeque bajó de la montaña con su hijo mayor y una parte de sus criados; fué á visitarme al convento de los franciscanos, y me ofreció la hospitalidad en su casa, en Eden. De Eden á los cedros de Salomon no habia mas que tres horas de marcha; y si las nieves que todavia cubrian la montaña nos lo permitian, podríamos desde allí ir á visitar aquellos

vos; en el primer collado que se eleva de aquella llanura hacia el Libano, en medio de un bosque de olivos y de árboles frutales de todas especies, encontramos una inmensa multitud de hombres, mugeres y niños que rodeaban el camino:—eran los vecinos de un gran pueblo esparcido bajo aquellos árboles y que pertenece al Jaque de Eiden: este pueblo del llano;—aquellos árabes saludaron respetuosamente á su príncipe, nos ofrecieron refrescos, y algunos de ellos se pusieron en camino con nosotros para llevarnos terneras y carneros, y ayudarnos á pasar los precipicios de las montañas; luego por espacio de cuatro horas anduvimos, ya por profundos valles, ya por la cresta de montañas casi estériles; hicimos alto en la orilla de un torrente que baja de las cumbres del Eiden, y que arastraba pedazos de nieve medio derretida; al abrigo de un peñasco, el Jaque nos habia hecho encender una gran llumbrada; almorzamos é hicimos descansar nuestros caballos en aquel sitio; la pendiente es luego tan rápida, sobre peñascos pelados y resbaladizos como mármol pulimentado, que es imposible comprender cómo los caballos árabes logran subirlos, y sobre todo, bajarlos: cuatro árabes á pie rodeaban á cada uno de los nuestros y los sostenian con la mano y los hombros: á pesar de esta asistencia, varios rodaron sobre el peñasco; pero sin que ocurriese accidente de gravedad: aquel horrible camino, ó mas

árboles seculares que han derramado su gloria sobre todo el Libano y son contemporáneos del gran rey; aceptamos, y la partida se fijó para el día siguiente.

A las cinco de la mañana estábamos á caballo. La caravana, mas numerosa aun de lo ordinario, iba precedida del Jaque de Eiden, admirable anciano cuya elegancia de modales, noble y amena corteja y magnífica vestimenta, estaban muy distantes de recordar un gefe árabe; parecia un patriarca, caminando al frente de su tribu;—montaba una yegua del desierto, cuyo pelo bayo—dorado y flotante orn le hubieran hecho digno palatren de un héroe de la *Jerusalem*; su hijo y sus principales servidores caracolaban en magníficos potros á algunos pasos delante de él; luego seguian nosotros, y detras iba la larga hilera de nuestros camellos y de nuestros sais. La salida de Tripoli ofrece un admirable punto de vista; se siguen las orillas de un rio acanalado entre dos colinas; los mas hermosos árboles y bosques enteros de nutranjos sombrean las márgenes del agua; un kiosko público, construido bajo aquellos árboles, ofrece su embalsamada azotea á los paseantes; allí se va á fumar y á tomar café para respirar la frescura del rio; desde aquella azotea se ve el mar, que está á media legua de la ciudad: las hermosas torres cuadradas, construidas por los árabes á ambos lados del puerto, y los numerosos buques que están en la rada; cruzamos una ancha llanura cultivada y plantada de oli-

bien, aquella pared casi perpendicular nos condujo, al cabo de dos horas de afán, á una meseta de roca, desde donde tendimos la vista sobre un ancho valle interior y sobre la aldea de Eden, que está construida en su estremidad mas elevada y en la region de las nieves; no hay encima de Eden mas que una inmensa pirámide de roca pelada, que es el último diente de esta parte del Líbano; una capillita arruinada corona su cima, los vientos de invierno roen sin cesar este peñasco y desprenden de él enormes pedazos que ruedan hasta la aldea; todos los campos de las cercanías están salpicados de ellas, y aun rodean el castillo mismo del jeque; este castillo, al que nos acercábamos, es de una arquitectura completamente árabe; las ventanas son unos agimeses separados por elegantes columnillas; las azoteas, que sirven de tejados y de salones, están coronadas de almenas; la puerta abovedada está flanqueada de dos altos asientos de piedra cincelada, y las jambas mismas de la puerta están cubiertas de arabescos; el jeque se habia apeado el primero y nos esperaba á la puerta de su casa; el mas jóven de su hijos tenia un pebete de plata en la mano en el quemaba perfumes delante de nuestros caballos, mientras sus hermanos nos echaban esencias perfumadas en el pelo y en los vestidos; una magnífica comida nos esperaba en la sala donde ardian árboles enteros en el ancho hogar; los mas esquisitos vinos del Líbano y de Chipre y una

inmensa cantidad de caza componian aquel festin; nuestros árabes no se hallaban peor tratados en el patio. Por la noche recorrimos las cercanías del pueblo; todavía cubrian las nieves una parte de los campos: por todas partes vimos vestigios de un rico cultivo; el menor rincon de tierra vegetal entre las peñas tenia su cepa ó su nogal; innumerables fuentes corrian por todas partes bajo nuestros pies, y el agua iba á sus tierras por acequias artificiales; estas tierras en declive estaban sostenidas por terradós formados con inmensas piedras; veíamos un monasterio á nuestra izquierda, y numerosas aldeas, muy inmediatas unas á otras, en todas las laderas de los valles.

La misma fecha.

El jeque ha enviado tres árabes al camino de los cedros para saber si las nieves nos permiten llegar hasta estos árboles; los árabes, de vuelta, dicen, que el paso está intransitables; hay catorce pie de nieve en un angoso valle que es preciso atravesar para llegar á los árboles; á fin de acercarnos á ellos lo mas posible, suplico al jeque que me dé su hijo y algunos ginetes; dejo en Eden á mi mujer y á mi caravana, monto el mas vigoroso de mis caballos, *Scham*, y nos ponemos en camino al

salir el sol;—caminamos tres horas por crostas de montañas ó por campos cubiertos de nieve derretida; llegõ á las grillas del valle de los Santos, profundo desfiladero metido entre peñascos, valle mas hondo, mas oscuro, mas solemne aún que el de Hamana; en la cima de este valle, en el sitio en que, subiendo siempre, linda con las nieves, se halla una soberbia cascada que se derrumba de cien pies de altura sobre dos ó trescientas toesas de anchura; todo el valle retumba con el fragor de aquella cascada y del torrente que alimenta; por todas partes, el peñasco de las laderas de la montaña chorrea espuma; divisamos muy á lo lejos, en el fondo del valle, dos grandes pueblos cuyas casas se distinguan apenas de los peñascos arrastrados por el torrente; las cimas de los álamos y de las moreras parecen, desde allí, matas de juncos ó de yerbas; se baja á la aldea de Beschieraï por unos senderos labrados en la roca, y tan rápidos que no se puede concebir como hay hombres que se aventuren en ellos; muchos perecen al bajarlos ó subirlos; una piedra lanzada de la cresta donde estamos caeria sobre un tejado de esos pueblos, adonde no llegaríamos en una hora de bajada; encima de la cascada y de las nieves se estienden inmensos campos de hielo que ondulan como vapores de una tinta ya verdosa, ya azul; á cosa de un cuarto de hora sobre la izquierda, en una especie de valle semi-circular, formado por las últimas grupas del Líbano, ve-

mos una gran mancha negra sobre la nieve formada por los famosos grupos de los cedros, que coronan, como una diadema, la fuente de la montaña, ellos ven el nacimiento de los numerosos y grandes valles que descienden de ella; el mar y el cielo son su horizonte. Lanzamos nuestros caballos á galope por la nieve para acercarnos lo mas posible al bosque, pero á los quinientos ó seicientos pasos de los árabes nos hundimos hasta la barriga de los caballos; reconocemos que tenian razon los árabes y que es fuerza renunciar á tocar con la mano aquellas reliquias de los siglos y de la naturaleza; nos apeamos y nos sentamos en una peña para contemplarlas.

Estos árboles son los monumentos naturales mas célebres del universo: la religion, la poesía y la historia los han consagrado igualmente. La Santa Escritura los celebra en varios pasages; son una de las imágenes que los profetas emplean con predileccion. Salomon quiso consagrarlos al ornato del templo que erigió el primero al Dios único, sin duda á causa de la fama de magnificencia y santidad que ya en aquella época tenian esos prodigios de la vejetacion. Seguramente son estos, porque Ezequiel habla de los cedros del Eden como de los mas hermosos del Líbano. Los árabes de todas las sectas profesan á estos árboles una veneracion tradicional; les atribuyen, no solo una fuerza vegetativa que los hace vivir eternamente, mas tambien

una alma que les hace dar señales de sabiduría y de prevision, semejantes á las del instinto en los brutos y la inteligencia en los hombres. Conocen anticipadamente las estaciones, mueven sus grandes ramas como miembros, las elevan al cielo ó las inclinan á la tierra segun que va á nevar ó que va á derretirse la nieve. Son unos seres divinos con forma de árboles. Crecen en este solo punto del Líbano; echan raiz muy encima de la region donde espira toda gran vegetacion. Todo esto sorprende y cautiva la imaginacion de los pueblos de Oriente, y no sé si la misma ciencia no se pasmaria.

¡Ah! y entretanto, Basan languidece, el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan.

Estos árboles disminuyen de siglo en siglo. Los viajeros contaron en otro tiempo treinta ó cuarenta de ellos, luego diez y siete, luego una docena.

En el dia no hay mas que siete, que por su corpulencia parecen contemporaneos de los tiempos bíblicos. Al rededor de estos añosos testigos de las pasadas edades que conocen la historia de la tierra mejor que la historia misma; que nos contarían, si pudieran hablar, tantos imperios destruidos, tantas religiones, tantas razas humanas desvanecidas, todavía queda un bosquecillo de cedros muy amarillos que, á lo que me pareció, formaban un grupo de cuatrocientos ó quinientos árboles ó arbustos. Todos los años, en el mes de Julio, las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin y

de todas las aldeas de los vecinos valles, suben á los cedros y hacen celebrar una misa á sus pies. ¿Qué de oraciones no han resonado bajo estas ramas? ¿Y qué templo hay mas hermoso, qué altar mas vecino al cielo? ¿Qué dosel mas magestuoso y mas santo que la última meseta del Líbano, el tronco de los cedros y el cimborio de esas sagradas copas que han dado sombra y la dan todavía a tantas generaciones humanas, que pronuncian en distintas lenguas el nombre de Dios; pero que todas le reconocen en sus obras y le adoran en natural manifestaciones! Y yo tambien imploré al Señor en presencia de aquellos árboles. El armonioso viento que resonaba en sus sonoras ramas agitaba mis cabellos y helaba en mis párpados lágrimas de dolor y adoracion.

Volvimos á montar á caballo, anduvimos tres horas por las mesetas que señorean los valles del Kadisha; bajamos á Kanodin, el mas célebre monasterio maronita en el valle de los Santos.

Vista del monasterio de Deir-Serkis, abandonado ahora á uno ó dos solitarios. Buchard, en 1810, halló en él un anciano ermitaño toscano que acababa allí sus dias despues de haber sido misionero en las Indias, en Egipto y en Persia.

Vista del monasterio de Kanobin desde lo alto de un pìco que avanza sobre el valle como un promontorio. Entrego mi caballo á los árabes, y me tiendo al sol en una punta de peñasco desde donde

se ve el hondo abismo del valle de los Santos. El rio Kadisha corre al pié de este peñasco; su cauce no es mas que una línea de espuma, pero estoy á tanta altura que su [estruendo no sube hasta mis oídos. Kanobin fué fundado, dicen los monges maronitas, por Teodosio el Grande. Todo el valle de los Santos se parece á una vasta nave natural cuyo cimborio es el cielo, cuyos pilares son la cresta del Líbano y cuyas capillas son las innumerables celdas de los ermitaños labradas en las laderas del peñasco. Esas ermitas están suspendidas sobre precipicios que parecen inaccesibles; las hay como nidos de golondrinas, á todas las alturas de las paredes del valle. Unas no son mas que una gruta labrada en la piedra, otras son casitas construidas entre las raices de algunos árboles sobre las cornisas avanzadas de las montañas. El gran convento está abajo, á la vera del torrente. Hay cuarenta ó cincuenta religiosos maronitas ocupados, unos en labrar la tierra, otros en imprimir libros elementales para la educacion del pueblo. Ecse-lentes religiosos, que son los hijos y los padres del pueblo, que no viven de su sudor, sino que trabajan noche y dia para el provecho de sus hermanos; hombres sencillos que no codician ninguna riqueza, ninguna fama en este mundo: trabajar, orar, vivir en paz, morir en gracia y desconocidos de los hombres; esta es toda la ambicion de los religiosos maronitas.

La misma fecha.

Ayer bajé de las últimas cumbres de estos Alpes, era el huésped del jeque de Eden, aldea árabe maronita suspendida bajo el mas agudo diente de estas montañas, en los límites de la vegetacion, y que no es habitable mas que en verano. El noble y respetable anciano vino á buscarme con su hijo y algunos de sus servidores, hasta las cercanías de Trípoli de Siria, y me recibió en su castillo de Eden, con la dignidad, el agasajo y la elegancia que pudiera esperarse de uno de los antiguos señores de la corte de Luis XIV. Árboles enteros ardian en el ancho hogar; corderos, cabritillos, ciervos estaban amontonados en rimeros en las espaciosas salas, y las odres seculares de los vinos de oro del Líbano, traídas del sótano por sus criados, corrian para nosotros y para nuestra escolta. Despues de haber pasado algunos dias estudiando aquellas hermosas costumbres homéricas, poéticas como los mismos sitios donde las hallábamos, el jeque me dió su hijo primogénito y cierto número de ginetes árabes para conducirnos á los cedros de Salomon; árboles famosos que todavía consagran la mas alta cima del Líbano, y que hace siglos van los hombres á venerar como los úl-

timos testigos de la gloria de Salomon. No los describiré aquí. De vuelta de aquella jornada memorable para un viagero, nos estraviámos en las sinuosidades de peñascos y en los numerosos y altos valles que surcan por todas partes este grupo del Líbano, y nos hallamos de pronto en el borde tajado de una inmensa pared de peñascos, de unos mil piés de profundidad que ciñen el valle de los Santos. Las paredes de aquel balaurte de granito eran tan perpendiculares, que los mismos gamos de la montaña no hubieran podido hallar en ellas un sendero, y que nuestros árabes tenían que tenderse de bruces en el suelo y vencerse sobre el abismo para descubrir el fondo del valle. El sol iba declinando, y ya habíamos caminado unas dos horas; hubiéramos tenido que caminar todavía otras muchas para hallar nuestro sendero perdido y volver á Eden; apeámonos de nuestros caballos, y confiándonos á uno de nuestros guías, que conocía no lejos de allí una escalera de roca viva, labrada antiguamente por los monges maronitas, inmemorables moradores de este valle; seguimos un buen trecho los bordes de la cornisa, y bajamos en fin por aquellos resbaladizos escalones, á una meseta desprendida de la roca y que dominaba todo aquel horizonte.

Descendía el valle primeramente por anchos y suaves declives del pie de las nieves y de los cedros que formaban una mancha negra sobre aquellas

nieves; allí se desarrollaba sobre praderas de una verdura amarillenta y delicada como la de las altas grupas del Jura ó de los Alpes, una multitud de espumosos arroyuelos, que arrancan al pié de las nieves, surcaban aquellas herbosas pendientes é iban á reunirse en una sola masa de agua y de espuma al pié del primer escalon de peñascos. Allí el valle se internaba de repente á cuatrocientos ó quinientos piés de profundidad, el torrente se precipitaba con él, y estendiése sobre una ancha superficie, ora cubria el peñasco como un líquido y trasparente velo, ora se desprendia de él formando airoosas bóvedas, y cayendo en fin sobre inmensos y agudos peñones de granito arrancados de la cima, se despedazaba en ellos y resonaba como un eterno trueno; el viento de su caída llegaba hasta nosotros, llevándose como ligeras neblinas el humo del agua de mil colores, la mecia por todo el valle ó la suspendia en rocío á las ramas de los arbustos y á las asperezas de la roca. Prologándose hácia el norte, el valle de los Santos se abría y se ensanchaba cada vez mas: luego, á cosa de dos millas del punto en que estábamos situados, dos montañas peladas y cubiertas de sombras se acercaban inclinándose una hácia otra, dejando apenas un boquete de algunas toesas entre sus dos estremidades, donde iba á rematar el valle y á perderse con sus praderas, sus altas vides, sus álamos,

sus cipreses y su torrente de leche. Encima de los dos montes que le comprimian, como queda dicho, veíase en el horizonte como un lago de un azul mas sombrío que el cielo, que era un pedazo del mar de Siria, ceñido por un golfo fantástico de otras montañas del Líbano; aquel golfo estaba á veinte leguas de nosotros; pero la transparencia del aire nos le mostraba como si estuviera á nuestros piés, y aun distinguíamos dos buques á la vela, que, suspendidos entre el azul del cielo y el del mar, y achicados por la distancia, parecían dos cisnes nadando en nuestro horizonte. Aquel espectáculo nos pasmó de tal suerte en el primer momento, que no fijamos nuestras miradas en ningun pormenor del valle; pero cuando pasó el primer deslumbramiento, y pudimos traspasar con la vista el flotante vapor de la tarde y de las aguas, una escena de otra naturaleza se fué poco á poco desarrollando delante de nosotros.

A cada recodo del torrente donde dejaba su espuma un poco de trecho á la tierra, veíase un convento de monges maronitas, labrado con piedras de un color pardo sanguíneo, sobre el gris del peñasco, y su humo se alzaba en los aires entre copas de abedules y de cipreses. Al rededor de los conventos, pequeñas tierras conquistadas sobre la roca ó el torrente, parecían cultivadas como los huertos mas cuidados de nuestras quintas, y de

trecho en trecho se veía á aquellos maronitas vestidos con sus hábitos negros, que volvian del trabajo del campo, unos con la azada al hombro, otros conduciendo reducidas manadas de potros árabes, cuales manejando el arado y picando sus bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de trabajo estaban suspendidas, con sus capillas y sus ermitas, en los cabos avanzados de dos inmensas cordilleras de montañas; otras estaban labradas como grutas de fieras en el peñasco mismo; de estos solo se veían la puerta coronada de un arco diagonal de donde pendía la campana, y algunas pequeñas azoteas labradas bajo la bóveda misma de la roca adonde los frailes viejos y achacosos iban á respirar el aire y á ver un poco de sol y de verdura. En ciertos realces de los precipicios, el ojo no podia reconocer ningun camino, pero aun allí se veían un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de solitarios circulando entre los peñascos y los arbustos, trabajando, leyendo ó haciendo oracion. Uno de aquellos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y se veía en la azotea una multitud de frailes que iban y venian, y estendian en zarzos de caña los pliegos blancos del papel húmedo.

Nada puede representar, como no sea el príncel, la muchedumbre y lo pintoresco de aquellos retiros; cada piedra parecia haber producido su celda,

cada gruta su ermita, cada fuente tenia su movimiento y su vida, cada árbol su solitario bajo su sombra; por dó quiera donde caian sus ojos, veian el valle, la montaña, los precipicios, animarse, por decirlo así, bajo su mirada, y una escena de vida, de oracion, de contemplacion, desprenderse de aquellas eternas moles ó mezclarse á ellas para consagrarlas; pero pronto se hundió el sol en el horizonte, cesaron los trabajos del dia, y todas las figuras negras esparcidas por el valle entraron en las grutas ó en los monasterios. En todas partes tocaron las campanas la hora del recogimiento y del oficio de la tarde;—unas con la voz fuerte y vibrante de los recios vendabales en el mar, otras con las voces leves y argentinas de los pájaros en los trigos; estas lastimeras y lejanas, como suspiros en la noche y en el desierto; todas aquellas campanas se respondian de las dos márgenes opuestas del valle, y los mil ecos de las grutas y de los precipicios, se enviaban sus sonidos en confusos murmullos repercutados, mezclados con el rugido del torrente, el rumor de los cedros y las mil sonoras cascadas que surcaban las dos faldas de los montes. Luego hubo un momento de silencio, á que siguió un nuevo rumor mas blando, grave y melancólico; era el canto de los salmos que, alzándose al mismo tiempo de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, de cada celda, se mezclaba, se confundia, subiendo hasta nosotros como un vasto murmullo y parecia

una sola melodiosa queja del valle entero que acababa de tomar un alma y una voz: luego una nube perfumó aquel aire que hubieran podido respirar los ángeles; quedamos mudos y encantados como aquellos espíritus celestiales cuando, volando por primera vez en el golfo que creian desierto, oyeron subir de aquellas mismas orillas la primera oracion de los hombres; comprendimos lo que era la voz del hombre para vivificar la naturaleza mas muerta, y lo que será la poesía al fin de los tiempos cuando, absortos y confundidos en uno solo todos los sentimientos del corazon humano, no será en la tierra mas que una adoracion y un himno!

12 de abril 1833. (1)

Hemos bajado á Trípoli de Siria con el jeque y su tribu; doy á su hijo una pieza de seda para hacer un divan; paso un dia recorriendo las deliciosas cercanías de Trípoli; salimos para Berut por la ribera del mar; empleamos cinco dias en embarcar nuestros bagages en el bergantin que he fletado, *la Sofia*;—preparativos para una vuelta por Egipto;—despedida de nuestros amigos Francos y árabes,

[1] Esta fecha está sin duda equivocada, pues el autor dice en la página 159 que se detuvo *algunos dias* en el castillo de Eden.—*N. del T.*